

SIGLO XVIII: ¿SOCIEDAD DE CASTAS O CLASES?

Prof. ARTURO GRUBESSICH S.
Instituto Profesional de Osorno

Investigadores e historiadores han diferido agudamente acerca de si las clases económicas han invalidado el “sistema de castas” como el agente más importante del status social, riqueza y oportunidad económica. Representando la interpretación tradicional o “estamental”, Lyle McAlister (1963) mantenía que “la ubicación del individuo en la sociedad no derivaba en definitiva de la función económica, sino de cualidades étnicas y culturales reconocidas por la ley”. Poco después (1967) Mörner igualaba a la raza con roles económicos específicos. Peninsulares eran los burócratas y mercaderes, los criollos grandes terratenientes, mestizos los artesanos y pequeños comerciantes, mulatos los trabajadores manuales urbanos y los indios campesinos o trabajadores no especializados. Un cierto orden “pigmentocrático” que evoca a Lipchütz. Posteriormente (1983) el mismo Mörner ha incorporado factores económicos dentro de su análisis, pero concluye en que el capitalismo europeo “llegó muy tardíamente a influir en algún grado considerable la economía, y consecuentemente a la sociedad, de hispanoamérica antes de las guerras de la independencia”.

La posición estamental recientemente ha sufrido desafíos. En la ya larga controversia acerca de cuando el capitalismo superó al “feudalismo” español, varios historiadores han concluido que la empresa capitalista dominaba muchas de las relaciones económicas del imperio hacia fines de la era colonial. En tanto el ascenso del capitalismo no colapsara a una estructura social racialmente ordenada, se crearían muchas condiciones en las cuales el “sistema de castas” sería irrelevante o una carga inerte.

Relevantes historiadores, trabajando con empadronamientos locales y registros parroquiales, han descubierto importantes cifras de “españoles” de la “clase trabajadora” como igualmente de matrimonios interraciales. Varios estudiosos han concluido aún que el capitalismo europeo había alterado tan profundamente las relaciones sociales del trabajo, que “los factores de clase invalidaban a los raciales como indicadores primarios de status socioeconómico” ya a mediados del siglo XVIII.

Tan denodado revisionismo tuvo de inmediato su contraparte. Los defensores de la posición estamental sostienen que la presencia de gran número de trabajadores criollos en ocupaciones de bajo nivel podría explicarse como la proporción lógica que uno pudiera esperar, dado el gran número, a su vez, de criollos en la población. Modelos estadísticos más sofisticados, argumenta, muestran en verdad una “relación moderadamente fuerte” entre raza y ocupación, y lo mismo es verdadero, dicen para los matrimonios interraciales; probando finalmente que la raza continuaba jugando un rol en la conducta social.

Tal controversia no deriva sólo de cuestiones metodológicas más o menos cuantitativas. Subyace en ella una cuestión ideológica, en cuanto modo de interpretar la realidad (histórica, por supuesto); tema ante el cual ya hay historia. No obstante, es pertinente considerar el valor de las distintas perspectivas para interpretar o leer la historia social de fines de la colonia.

Contra este telón de fondo se presentarán hallazgos o resultados de investigaciones efectuadas y en curso, referidas al Chile colonial tardío, dejando a través de ellas importantes espacios para el debate conceptual en el que, sin duda, estará presente el “irritante y debatible factor ideológico”.

El propósito de tal pregunta está orientado a ir a la búsqueda de un concepto que pueda ilustrarnos acerca del estadio en el que pudiese encontrarse la sociedad chilena del siglo XVIII. Aunque explícitamente estamos dando carácter excluyente a ambos tipos de orden social, no es nuestro interés adoptar uno u otro como conceptos válidos. El debate acerca de tal punto ya lo ha recogido la historiografía sin que se haya llegado a un término claro y ello debido a varias razones. En primer lugar a que los estudios se han referido a localidades muy particulares. En segundo lugar, al entendimiento que los autores han tenido acerca de conceptos fundamentales. Sin duda que tras esta segunda limitación subyacen ideologías —en cuanto modo o formas de explicar la realidad— que muchas veces han predeterminado las respuestas. En tercer lugar las aproximaciones metodológicas han sido muy diversas. (1)

Una premisa básica de nuestro oficio nos dice que el estudio de una particularidad debe situarse en el continuo temporal para alcanzar verdadera relevancia histórica o historicidad. Así la investigación histórica ha de poner los “elementos históricos de base” al servicio de interpretaciones de más alto vuelo. En tal sentido, esta presentación asume una interpretación histórica y pretende aportar a ella nuevos “elementos históricos de base”.

“No sería correcto clasificar al desarrollo del siglo XVIII como representativo del “siglo de la Ilustración”. Además de los procesos que comenzaron alrededor de 1700 ó 1750, la situación actual incluía la continuación de estructuras establecidas en la época de la conquista y modificadas en mayor o menor grado en el curso del siglo diecisiete. Junto a la emergencia de nuevos procesos, se pueden observar estructuras tradicionales, ya sea declinando o floreciendo tan vigorosamente como siempre”. Tal afirmación de Mario Góngora es referida primariamente al ámbito de la vida social, donde “la población estaba estratificada de acuerdo al modelo de una sociedad de castas”. Aun cuando la diversidad de personas de diferentes ancestros raciales en las ocupaciones laborales “tendía a empañar las diferencias de castas, persistía una diferenciación basada en el prestigio social que disfrutaba el individuo”. Concluye el historiador diciendo que “al final del período colonial, la sociedad desplegaba un amplio espectro de estratos étnicos y sociales; los cuales eran barreras sociales y nociones más que criterios objetivos (2). Independientemente del análisis sociológico que pudiéramos hacer de tales afirmaciones, queda en claro aquí que para Góngora el dieciocho no es en buena medida sino la continuidad de la historia colonia

temprana desde cuyo seno surgen nuevos procesos históricos.

Sin hacer una interpretación forzada de tales afirmaciones, para nuestros efectos podríamos decir que la estructura tradicional de la sociedad de castas estaba en declinación y que en torno a ella ya afloraban elementos que darían forma a un nuevo orden social. También que los estratos étnicos y raciales se refieren a las “calidades” que identificaron a las personas y que se registraron en diversos actos de sus vidas. Así el “caballero” refleja el status o prestigio social de un español respecto de otro; como es el caso del “don” que además diferenciaba a un cacique respecto de otros indios. No es aventurado, en consecuencia, suponer que tales “calidades” ya en el dieciocho tenían fuertes componentes tanto sociales como raciales —asunto que intentaremos probar en otra investigación— por lo cual usaremos como su sinónimo el término “clasificación socio-racial”. En tal línea de razonamiento le atribuimos a ellas un sentido y un contenido que excede con largueza a la simple designación; pues recogen un trasfondo racial o étnico y le asignan al sujeto una pertenencia y ubicación dentro del padrón social. De este modo las clasificaciones pasan a convertirse en importante elemento de análisis para el objeto de estudio que es la estructura social.

En una sociedad tradicional o de castas (al modo de entender hispánico) las ocupaciones o actividades económicas serán servidas por miembros de estratos asociados a cada uno de ellos según su rango. Esta es la situación que concibe Lipschütz y según la cual, de acuerdo a la teoría del espectro de los colores raciales, una sociedad de tal naturaleza sería “pigmentocrática” (3). En una posición ya no tan extrema, Mörner igualaba a la raza con roles económicos específicos: peninsulares eran los burócratas y mercaderes, los criollos grandes terratenientes, mestizos los artesanos y pequeños comerciantes, mulatos los trabajadores manuales urbanos y los indios campesinos o trabajadores no especializados. Sobre este orden el capitalismo europeo llegó muy tardíamente a influir en la sociedad (4). El otro extremo de la apreciación social del SVIII, menciona que factores económicos y de clases habían superado a los raciales como indicadores primarios del status (5).

Tan amplio rango de interpretaciones no debería extrañarnos debido, entre otras razones, al uso de diferentes teorías sociales y al tratamiento metodológico de los datos empíricos. Difícilmente se logran acuerdos bajo tales condiciones, de modo que los hallazgos que se presentan deben ser vistos bajo la perspectiva de que la sociedad tradicional estaba en declinación y que en torno a ella afloraban elementos que darían forma a un nuevo orden social, conformándose ello con la hipótesis de Góngora.

Una comunidad tan pequeña como la localidad de La Estrella en el corregimiento de Colchagua, con apenas 319 casos, ya nos revela algunos de los elementos que están en discusión en la relación estrato socio-racial y actividad económica.

TABLA 1 La Estrella (1786)
Nivel ocupacional por clasificación socio-racial (6)

	CAB	ESP	MST	IND	CLB
Elite	10	5			
Comerciante		1			
Artesano		23	5	4	4
Labrador		161	23		3
Trabajador		48	9	10	13

Fuente: Empadronamiento de 1786 provincia de Colchagua. Fondo Varios, vol. 452.

En la actividad descrita como “elite” están los hacendados y los cargos públicos de mayor importancia; la de “comerciante” describe sólo a aquel definido como tal lo mismo que en el caso de los “labradores”. Los “artesanos” corresponden a oficios como albañil, carpintero, curtidor, platero, sombrerero, etc.; en tanto que la de “trabajador” incluye a peón, gañán, sirviente, vaquero, vagabundo y “sin oficio”. Así, la elite aparece claramente identificada con los “caballeros” en tanto que mestizos, indios y castas libres aparecen asociados a trabajos eminentemente manuales y dependientes. Pero al observar la distribución de los llamados “españoles” se advierte que ellos recorren toda la gama de actividades.

Globalmente, al primer golpe de vista se nos muestran dos conjuntos netamente diferenciados: la elite donde priman los “caballeros” y el conjunto de trabajadores más o menos dependientes compuesto en cantidades diversas por los restantes estratos. En esta pequeña comunidad rural podríamos asumir que la diferenciación social radica en la capacidad o riqueza económica y que los valores propios de una sociedad tradicional —estamental o de castas— son nominales si es que existen. Hay aquí un claro argumento en favor de la tesis de Salazar relativa a la proletarianización del campesinado de Chile Central (7).

Utilizando un instrumento un poco más fino que nos proporciona la estadística, podemos llegar a medir el grado de asociación entre ambas variables; con la ventaja que tal técnica la podemos aplicar en todas las situaciones similares e independientemente del número de casos que ellas contengan, resultando así todas ellas comparables (8). El coeficiente de correlación para La Estrella es .24 (donde 0.0 indica ausencia de correlación o distribución completamente al azar y 1.0 o correlación perfecta). Una ausencia de asociación equivalente a una distribución que

virtualmente ocupa todas las celdas de la tabla. En cambio una correlación perfecta agrupa a todos los casos en la diagonal asociando desde elite con caballeros hasta trabajadores con castas libres y lo que a su vez representaría una sociedad de castas ideal. En consecuencia, la percepción que se describía en el párrafo anterior se respalda con la cifra del análisis estadístico.

Las conclusiones ya no son tan categóricas al examinar tal relación en localidades de mayor relevancia. En efecto, en el mismo corregimiento de Colchagua la villa de San Fernando representa un enclave de cierta importancia en algunos sentidos y la Tabla 2 recoge la información que también nos entrega el empadronamiento de 1786 para 314 pobladores y no considera a los indios.

TABLA 2 San Fernando (1786)
Nivel ocupacional por clasificación socio-racial

	CAB	ESP	MST	CLB
Elite	25	3		
Comerciante	17	2	1	
Artesano	2	30	20	5
Labrador	5	85	18	1
Trabajador	4	38	46	12

Fuente: Fondo Varios, vol. 452.

Aquí ya no aparece tan claro el corte horizontal que se patentizaba en La Estrella. La elite está claramente asociada al agro y al comercio, representada prioritariamente por “caballeros” honrados con el uso del “don” previo a sus nombres. Sin embargo, personas con el mismo prefijo también se ubican en tramos inferiores de los niveles ocupacionales junto a la gran masa de españoles, mestizos y castas libres. Sigue quedando en claro, eso sí, que el acceso a los niveles superiores está prácticamente vedado a esos dos últimos estratos. El coeficiente de correlación sube a .43 y ya se ubica, entonces, en el rango moderado. En términos de tal correlación San Fernando resulta comparable a Oaxaca (México) que en censo de 1792 entrega información válida para 3.198 personas excluyendo también a los indios.

TABLA 3 Oaxaca (México) (1792)
Nivel ocupacional por clasificación socio-racial

	CAB	ESP	MST	CL
Elite	191	132	3	1
Profesional	15	275	11	6
Artesano alto	8	295	71	37
Artesano bajo	4	816	702	536

Sirviente, peón 18 46 31

Fuente: Chance y Taylor, p. 468, 474, 475 (9).

El coeficiente de correlación asciende levemente hasta .46 situándose siempre en el rango moderado y ya la división horizontal que nos ilustraba los casos anteriores no aparece aquí tan nítida. Los más altos segmentos no son ocupados prioritariamente por los “caballeros” sino que por los “españoles” y a esas actividades más relevantes se incorporan también mestizos y castas libres. Estos ocupan preferentemente posiciones inferiores que las comparten con las tres cuartas partes de la población “española” y con unos muy pocos “caballeros”.

Si a Oaxaca y San Fernando sumáramos los indios no registrados en ambos casos, que asumimos con buenos argumentos que desempeñarían las posiciones inferiores, la correlación tendería a subir en ambas localidades de marcado acento agrícola. Dicho de otro modo, ambas localidades no invalidan los principios de una sociedad ordenada por cánones económicos, como tampoco reafirman la plena vigencia de una sociedad de castas o estamental.

Los casos expuestos se ubican en áreas eminentemente rurales, donde la posesión de la tierra es el eje en torno al cual giran las relaciones dentro de la sociedad. El ascenso o descenso entre las posiciones del status social, que en estos casos comprende nivel ocupacional y clasificación socioracial, pareciera estar fuertemente vinculado a la presencia de un grupo claramente de elite terrateniente; aunque en un análisis multidimensional también deban considerarse otros factores (10).

Efectivamente, la situación difiere al efectuar el mismo análisis en localidades donde la función económica se centra en actividades mercantiles y de servicios. Dos ciudades muy distantes entre ellas y con volúmenes de población extremos; pero con actividades económicas similares, exhiben padrones de asociación iguales y con valores muy por sobre las localidades rurales.

TABLA 4
Valparaíso (1779)

	CAB	ESP	MST	IND	CLB
Alto	14	4			
Medio Alto	69	30	1	2	2
Medio Bajo	20	46	13	13	16
Bajo		9	18	26	3

Fuente: Censo de 1779 (British Museum, Manuscript Collection, Add. 17599).

El empadronamiento registra 286 jefes de familia hombres, residentes habituales de Valparaíso, cuyas actividades están vinculadas al circuito triguero, al comercio

en diferentes niveles, a la burocracia local y a actividades menores complementarias. Los niveles ocupacionales alto y medio son ocupados por “caballeros” y “españoles”, tal como en los casos anteriores, con insignificante presencia de estratos inferiores. Por su parte las posiciones medio y medio bajo son distribuidas entre mestizos, indios y castas libres que las comparten con un número de “españoles” y “caballeros” bien representativo. Tal ordenamiento exhibe una correlación entre nivel ocupacional y clasificación socio-racial que alcanza a .59 en un rango moderadamente fuerte.

Los diferentes volúmenes de población no alteran ciertos trazos fundamentales de la vida social y medidas de correlación ordinal, como la empleada en estos casos, permiten discernir con mayor claridad la presencia de ellos. A este respecto la estadística ha probado ser un eficaz instrumento de análisis.

TABLA 5 Ciudad de México (1753)
Nivel ocupacional por clasificación socio-racial

	CAB	ESP	MST	IND	CLB
Elite	35	387	23	10	17
Comerciante	241	1095	30	3	22
Artesano	12	1196	395	65	476
Trabajador	1	34	100	202	38
Sirviente, peón	1	134	114	143	562

Fuente: Seed, p. 580 (11)

Para una población bajo estudio de 5.347 hombres adultos involucrados, los criterios de clasificación del nivel ocupacional son expuestos fundadamente por la autora. En la elite (“clase dominante”) agrupa a los más altos niveles civiles, militares y eclesiásticos junto a los hacendados y dueños de minas. Los comerciantes “dueños de los medios de distribución” y los administradores o mayordomos son considerados parte de la “clase dominante”, aún cuando en un nivel inferior a la elite. Los artesanos propietarios de sus herramientas y negocios fueron incorporados a la categoría de comerciantes y dueños de tiendas; los no propietarios son clasificados como artesanos. La división entre trabajador y sirviente o peón está dada por las diferentes funciones que cumplen en la producción. Sobre la base de tales criterios la correlación entre ambas variables llega a .58 similar a la de Valparaíso. Respecto de la representatividad de cada grupo socio-racial en los niveles ocupacionales, también podrían hacerse similares comentarios que a los de la ciudad chilena.

El tiempo y el espacio que disponemos no nos permiten entrar a un análisis de mayor profundidad tanto de cada caso como del conjunto de ellos. Sin embargo, las

siguientes superficiales apreciaciones apuntarán a identificar algunos aspectos claves para adentrarse en la búsqueda de respuestas a la hipótesis inicial.

En términos analíticos es necesario referirse a las dos grandes variables que entran en juego. De un lado, los criterios para establecer los niveles ocupacionales o de actividad económica ofrecen un amplio campo de posibilidades para la toma de decisiones. De hecho, por ejemplo, si se asume como criterio la propiedad de los medios de producción o el nivel supuesto o real del nivel de ingresos que las actividades proporcionan o el nivel de estima social de cada una de ellas, las ordenaciones serán diferentes y obviamente con resultados diversos. La literatura sociológica en este aspecto es muy variada y junto con proporcionar marcos teóricos, representan para el investigador un punto de apoyo ineludible.

Las clasificaciones socio-raciales o “calidades” son la segunda variable analítica que ha de ser ponderada. Hasta la fecha no más de tres trabajos han reconocido y analizado el hecho que las clasificaciones pueden ser objeto de variación durante la vida del individuo, lo cual abre interrogantes acerca del valor que ellas tienen en una fuente documental determinada sea ella empadronamiento civil o registro parroquial (12). Por otro lado, aunque tal fenómeno ha sido percibido por investigadores, aún no hay estudios que efectúen una sistematización del problema y se aproximen a develar los mecanismos de tales mutaciones. En síntesis, las antiguas prevenciones de Konetzke (1946) aún subsisten.

Por último, los procedimientos metodológicos y el marco conceptual — ¿ideológico? — son dos ingredientes que se agregarán para hacer de este tema un objeto de debate y estudio.

Asumiendo para nuestro propio tema las puntualizaciones expresadas y situándonos en el contexto de la hipótesis inicial que atribuimos a Góngora, en el sentido que la historia del siglo dieciocho no es sino la continuidad de la historia colonial temprana desde cuyo seno surgen nuevos procesos históricos; creemos haber reforzado la percepción de que la sociedad de castas estaba en declinación y que en torno a ella ya afloraban elementos que darían forma a un nuevo orden social.

En efecto, exceptuando a La Estrella todas las otras localidades se ubican en rangos moderados del indicador que hemos usado. Ello prueba, al menos estadísticamente, que aún a fines del XVIII se mantiene un buen grado de correlación o asociación entre actividad económica y calidad socio-racial representando aquella, en consecuencia, la pervivencia de una sociedad “cerrada” aspecto éste distintivo de una sociedad de castas o estamental al modo hispanoamericano y siguiendo la terminología de Max Weber y otros. Las elites mantienen su posición en los más altos niveles de cívico. El real origen étnico de toda esta masa está aún por descubrirse.

Ellos estarían representando el carácter de “apertura” que es uno de los factores propios de una sociedad de clases, entendida ésta como aquella donde priman los valores económicos para establecer el orden social, la actividad económica. Opuestamente los no blancos ocupan prioritariamente los estratos subordinados; pero sin una ordenación específica. Entre ambos núcleos yace el grupo mayoritario -los “españoles” sin especial denominación— que recorre toda la gama de actividades, sin un padrón espe-

City: Valparaíso (Chile) During the Last Quarter of the Eighteenth Century” (M. A. Thesis, University of Minnesota, 1978) pgs. 30-37. En ella se reporta la siguiente variación para 239 casos:

Variaciones socio-raciales de jefes de hogar hombres derivados de la comparación de censos y registros de matrimonios: Valparaíso, 1777-1788.

	Español	Mestizo	Mulato	Indio	Total
Cab. /Don	51	14	1	2	68
Español		98	10	25	133
Mestizo			8	21	29
Mulato				9	9

Seed, Social Dimensions, pgs. 591-598 y Robert McCaa, “Calidad, Clase, and Marriage in Colonial Mexico: The Case of Panal, 1788-90”, HAHR, 64 (1984) pgs. 477-501.

** Este trabajo es parte del Proyecto 0216/91 “Estructura Socio-Racial Chilena en la Segunda Mitad del Siglo XVIII y su Relación con Variables Económicas” financiado por FONDECYT.

1. La historiografía de esta controversia ha sido recogida por Fred Bönner, “Urban Society in Colonial Spanish America: Research Trends”, *Latin American Research Review*, 21 (1986), pgs. 10-11 y 29-35.
2. Mario Góngora, *Studies in the Colonial History of Spanish America*, (Cambridge, 1975), pgs. 159-162.
3. Alejandro Lipschütz, *El Indoamericanismo y el Problema Racial en las Américas*, (Santiago, 1941), pgs. 75 ss.
4. Hagnus Mörner, *Race Mixure in the History of Latin America*, (Boston, 1967) y en “Economic Factors and Stratification in Colonial Spanish America with Special Regard to Elites”, *Hispanic American Historical Review* (en adelante HAHR), 63 (1983), pgs. 335-369.
5. Dennis N. Valdés, “The Decline of the Sociedad de Castas in Mexico City” (Ph. D. diss., University of Michigan, 1978), pgs. 45 passim.
6. Para los efectos de tabulación las calidades o clasificaciones socio-raciales han sido abreviadas conforme al siguiente código:
Caballero/Don: CAB
Español : ESP
Mestizo MST
Indio : IND
Casta Libre: CLB
7. Gabriel Salazar, *Labradores, Peones y Propietarios. Formación y Crisis de la Sociedad Popular Chilena del Siglo XIX*, (Santiago, 1985), pgs. 21-30.
8. Robert McCaa, Stuart Schwartz y Arturo Grubessich “Race and Class in Colonial Latin America: A Critique”, *Comparative Studies in Society and History*, 21 (en adelante CSSH) (1979), pgs. 421-433 ofrecen una metodología y las técnicas para llegar a tales resultados.
9. John K. Chance y William B. Taylor, “Estate and Class in a Colonial City: Oaxaca in 1792”, *CSSH*, 19 (1977), pgs. 454-487.
10. Robert McCaa y Michael M. Swann, “Social Theory and the Log-linear Approach: The Question of Race and Class in Colonial Spanish America” (Syracuse University, 1982, Department of Geography Discussion Paper N° 76).
11. Patricia Seed, “Social Dimensions of Race: Mexico City, 1753”, *HAHR*, 62 (1982) pgs. 569-606.
12. Charles Wagley, “The Concept of Social Race in the Americas” en *idem*, (ed.) *The Latin American Tradition: Essays on the Unity and the Diversity of Latin American Culture*, (New York, 1968), pgs. 155-174. Es un primer e importante aporte para focalizar el problema. Arturo Grubessich, “Social History of a Colonial Hispanic American